

lo que estaba yo pensando?—¿Qué cosa?
—Que V. erró la vocacion de medio á medio. Si señor: V. no debia haber sido militar ni casado, porque para capuchino ó misionero no tiene precio. No hay remedio, V. debia andar con un púlpito en las manos diciendo lindezas por esos mundos de Dios, como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea V. qué taco ó qué sermon tan largo me ha echado! La lástima es que yo estoy empedernida, y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zonza de Matilde; pero para mí es lo mismo que escribir en el agua y predicar en desierto.

Sí, hermano, yo nací muy señora, me he criado con regalo, heredé alguna cosita de mis padres; y por fin, he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre de proporciones y muchacho del dia. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo regañon y mezquino! No lo digo por V; pero, ¡Jesus! ya me hubiera yo ahorcado. En fin, hermano, ¿Vdes. gustan de ir al coliseo, que ya es hora?—Hermana, muchas gracias.—Pues adios.

Diciendo esto, se fué Eufrosina, y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su

marido: ¡Ya lo ves² yo me alegro, sí, yo me alegro de que te haya faltado al respeto la loca de mi hermana. En partes dice bien: si no hemos nacido para reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para qué es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allá se los haya. La verdad, me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozco que tú has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

Mira, dijo el coronel, todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporcion de nuestras luces. Tú bien sabes que es obra de misericordia y muchas veces de justicia dar buen consejo al que lo ha menester; y segun esto, cuando vemos que un semejante nuestro padece un error grosero, por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligacion de dárselo y de sacarlo de su error, siquiera por caridad; y esto aun cuando presumamos que por entónces no lo admitirá ó se burlará de él, porque no sabemos si aquel consejo despreciado acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En este caso está tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero tal vez mañana ó por un revés de la fortuna, ó por la experiencia que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por esto he aventurado la conversacion que oiste, de lo que no me pesa, ni ménos me siento de su burleta, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexion. Si todos pensaran como ella, si todos dijeran: Así hallamos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendrá la gloria de reformarlo; en este caso, ni los oradores hubieran esforzado su elocuencia, ni los escritores sus luces para cõrregir ó contener los vicios. ¡Desgraciados de los hombres! Ociosos fueran los púlpitos y los libros: nada se hubiera adelantado en las ciencias, en las artes, en la moral, en la política, ni en cosa alguna; pero como los sabios no han sido de ese necio modo de pensar, se han afanado para no dejar sepultados los talentos que les confió la Providencia, y para hacerlos útiles en beneficio de sus semejantes.

Yo te confieso ingenuamente que no me

hallo con un acopio de talentos sublimes y brillantes; pero sin embargo, deseo emplear el exceso que tengo en el mismo objeto, pues sé que al que se le dieron cinco, se le pedirá cuenta de cinco, y al que le tocó uno solo, se le tomará residencia de este uno; y por esta razon procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer, y que quizá algun dia le serán de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogerá el fruto de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

Ya estamos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo ménos que decirte que me hace mucha fuerza no solo que disputes con mi hermana, sabiendo quien es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer, cuando otras veces me has dicho que es boberia disputar con ella, ni con ninguna persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningun partido ventajoso de tales disputas. Esto

tú me lo has dicho, y no ha mucho que tácitamente me concediste que no habias hecho bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Conque dime ¿cómo está eso?

Fácilmente saldrás de la duda, respondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende. No es lo mismo disputar que aconsejar en cualquiera disputa, pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender uno su opinion contra otra con razones, no con palabras sin sustancia, pues en este caso ya no será disputa sino algaravía; y como los necios porfian casi siempre sin razon y sin saber lo que porfian, sino que quieren sostener su opinion porque sí y porque nó, de ahí es que será una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto, hay disputas tan frívolas é impertinentes, que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de estas. ¿Qué importa que tu hermana tenga por un exceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? Nada seguramente, y así debí haber omitido la disputa como impertinente para mí, y como frívola en sí misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evi-

dentés, que al sostenerlas con ardor contra un necio, es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi levita es azul, contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de estas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que por necesidad, por caridad y por justicia, no solo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinion con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energía de la calumnia, al católico le es permitido defender su religion, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia está demas en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concorra al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interes, y regularmen-

te seguro. Si yo aconsejo v. g. á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interes, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente; y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala.—¿Qué cosa? —Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos.—Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capitulo sexto.

CAPITULO VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.

¿Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus má-

ximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que la inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres; y así en poco tiempo supo leer con bantante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestro le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recaudo de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de